

CLAROS DEL BOSQUE

Barcelona, Seix Barral, 1993 (4ª ed.; 1ª ed.: 1977).

Carmen Revilla

Publicado en 1977, redactado en La Pièce, con la ayuda de J. A. Valente y durante una de las más difíciles etapas de su vida, es posiblemente el libro más debatido y cuestionado, tal vez el más leído también. En esta obra se aúnan los rasgos más propios y más problemáticos del pensamiento zambraniano, presentando un modo inédito de filosofar que obedece, según su testimonio, a un "escribir irreprimible" en el que da expresión, entre otras cosas, a la convicción de que "pensar es descifrar lo que se siente"; el texto tiene, nos dice, "carácter de ofrenda".

La autora abandona en este escrito la forma del ensayo y de la argumentación, quedando en esbozo la realización de una proyectada "crítica de la razón discursiva"; la modalidad enunciativa del texto, acorde con el darse de la palabra y de la vida en el "padecer", así como la adopción de un lenguaje de imágenes cuya trama enlaza el amplio bagaje de lecturas que lo sustenta y la asunción de experiencias decisivas, hacen de esta obra, fragmentada en su elaboración pero unitaria en su estructura, el más claro ejercicio de "razón poética".

Si la razón poética zambraniana es, simplificada, la propuesta de una forma de racionalidad capaz de descender a los niveles de realidad que subyacen a la conciencia - a las "entrañas", "sede del padecer", a los "ínferos" donde habitan posibilidades indefinidas de realización que "piden ser sacadas del silencio"-, con el fin de acoger su logos sumergido que, desde allí, hará de la razón, que descende para ascender a la luz, una razón fecundante, Claros del bosque es justamente la exposición, por una parte, del desplazamiento a la dimensión del padecer, al fondo en el que discurre un logos que no es el que se dirime entre el interrogar y el responder, y, por otra, del acceso al centro de luz de lo que constituye el ámbito de las sombras, en el que se escucha antes de ver.

Los nueve capítulos en los que se estructura la obra podrían distribuirse en tres momentos: Los tres primeros acompañan al lector al acercamiento a los "claros" - lugares de visibilidad cuya capacidad de imantar es análoga a un método-, al espacio del "despertar" -acceso primordial a la vida, similar al nacer-, guiando sus "pasos" -el doble movimiento de la razón. En un segundo momento parece especificarse qué sean los "claros" como "espejos del centro" y "lugares de la palabra"; destaca aquí la centralidad de las páginas sobre "La metáfora del corazón", que es vacío -"verdadero espacio vital" de todo organismo-, "casa de la vida y cauce", "centro que mueve padeciendo", así como habría que subrayar la distinción entre palabra -logos de la vida- y lenguaje -su uso en la historia. Finalmente, se nos describe lo que en los "claros" se nos da a ver - figuras que son semilla, "razones seminales", gérmenes de una razón fecundante-, a modo de "entrega indescifrable" en la concreción de "los cielos" múltiples que derramarán su luz sobre el centro oscuro e infernal del que "irresistiblemente brota la vida", en un juego de espejos al que alude el "Apéndice" que cierra la obra - "El espejo de Atenea"- con su llamamiento a la recuperación de medios de visibilidad, dice, "poseídos alguna vez poéticamente, o litúrgicamente, o metafísicamente".

Claros del bosque recoge un momento de máxima densidad en la trayectoria de la autora: redactado en el exilio del que ha hecho su condición de existencia, corresponde al momento en el que se acerca y estrecha los vínculos con España, manteniendo una distancia surcada por la experiencia de la muerte -de su hermana, de Lezama Lima, por ejemplo, pero muy particularmente- que será decisiva en su actitud. Por otra parte, se diría que ha asumido ya plenamente su lugar en la tradición filosófica incorporando presencias -la mística de Molinos y de San Juan de la Cruz, las tradiciones míticas, y orientales a través de Massignon, el pensamiento sufí, la experiencia poética intensificada desde su estancia en La Habana...-, que encuentran su lugar en este texto tras un trabajo de "depuración" del que dejan constancia artículos como "El horizonte y la destrucción" (1975), trabajo que culmina en la decisión de "rescatar la pasividad" que define sus últimos textos.

La redacción de Claros del bosque es simultánea a la elaboración de múltiples trabajos que darán lugar a *De la aurora*, *Notas de un método*, *Los bienaventurados*, *Los sueños y el tiempo...*, textos que verán la luz con la colaboración y ayuda de quienes facilitaron y acompañaron su regreso y que resultan imprescindibles para perfilar el sentido de su aportación, la alquimia de un pensamiento que persigue la "transformación de lo sagrado en lo divino", esto es, el acceso a la luz del fondo oscuro y pasional que subyace a la historia humana y constituye la vida.